

—¡Ay! no, ni pensarlo, decía la amante Matilde. ¿Yo había de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos, la quiero más que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura, y el coronel, rebotando la satisfacción que sentía en estas escenas, abrazaba á su esposa y la decía:—Tú, sí, eres verdadera madre; tú, sí, cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en tí el imán de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leeréis en el capítulo siguiente.



CAPITULO II

En el que continúa la materia del antecedente

Pasado el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las *pilmamas*. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con

LA QUIJOTITA. — 8.

la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaría ésta en los débiles brazos de una muchacha aturrida y de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la *pilmama* reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de ésta, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabía ni podía tenerla según era conveniente.

Una ocasión, estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas y la *pilmama* divertida con la niña en el balcón mirando un Víctor, ó no sé qué friolera que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que quería, que *colgándose demasiado la criatura*, por su propio peso se *deslizó de los brazos y fué á dar al suelo*, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caído sobre un montón de lana que habían sacado á asolear unas pobres que vivían en la accesoria que caía bajo del balcón.

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte y de que recibiera el más mínimo daño.

No corrió igual suerte la infeliz María, que así se llamaba la *pilmama*, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun después de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira más necia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la

pateó, la desgredó, y le dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa á curarse á la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su imprevisión y su imprudencia fueron las que arrojaron á su hija del balcón, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha *pilmama*, como solía decir, y conforme á este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes, teniendo á lo menos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera á repetir la amarga escena del balcón.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad é ilustración de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar á cierto templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dije á cierto templo y no á cierta imagen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, según fueron los invocados por las visitas; porque después del lance se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada acerca de quién había hecho el milagro; de suerte que cada una lo pedía para su santo, hasta que á pluralidad de votos se resol-

vió que todos se pintaran en el lienzo, y quedó el milagro en opiniones. ¡Contención pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religión! En otro lugar explicaremos qué son milagros, cuáles favores, quién los hace y por qué.

En efecto, á los dos días acomodó Eufrosina á una pardita bonitilla como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante de ella, que era muy rara vez, hacía á la niña mil mimos y zalamerías con que dejaba á su madre lela, y le dispensaba ésta tanta confianza, que le permitía salir á la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir á la niña.

Cada rato estaba ésta empachada, sin saberse por qué. ¡Ya se ve! la *pilmama* nunca decía que le daba peritas verdes, tejocotes, chicharrón, ni otras porquerías semejantes; pero así lo hacía, como lo hacen las muchachas para que la niña no llore, para que no se le salte la hiel ó se le reviente un ojo. La pobre criatura comía aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscreción con que se las daba la *pilmama*, y de repente perdía la gana de comer, padecía ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos ó aventamientos y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria canción de:—¡Virgen! ¿Qué

tendrá la niña? ¿qué será esto? ¿qué habrá comido? ¿qué le has dado, Francisca? etc.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de China, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal en mil ocasiones no cedía y era preciso recurrir al médico, quien echaba mano del jarabe de durazno, oximiél escilítica, hipecacuana, ruibarbo, tártaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que cedía el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía; así porque la *pilmama* no se abstenía de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre más débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una *pilmama* y mañana con otra; y si tan mal le fué en su crianza física al lado de éstas, ¿qué sería en su educación moral? Sin duda debía ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, ésta vengativa, aquélla embustera y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto quería y á enfadarse si no se lo daban pronto; de otras á levantar la mano para cualquiera; de otras,

á pedigüña; de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas á ser, en cuanto su edad lo permitía, la muchacha más necia, atrevida y malcriada. Bien que todas éstas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues le buscó para *pilmama*, no la primera que encontró, sino una niña decente, aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él ni Matilde trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble *pilmama* los amaba á ellos como á padres y á la niña como á hermana, y la segunda, que no tenía lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu, lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decía el coronel á Matilde: — No puede reprobarse el uso de las *pilmamas*, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre éstas tienen todo el lugar necesario para el caso

y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero acontece á los pobres y lo segundo á las enfermas. Así es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen, no sólo á una mujer juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para *pilmamas* mujeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome y dinero que se gaste no está por demás, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las *pilmamas* sólo deben servir para cargar y divertir al niño y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocación hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se críen golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la experiencia cada día. ¿Cuántas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, *jiotes*, etc.? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las *pilmamas* enfermas con quienes andan continuamente, duermen, comen y trasudan?